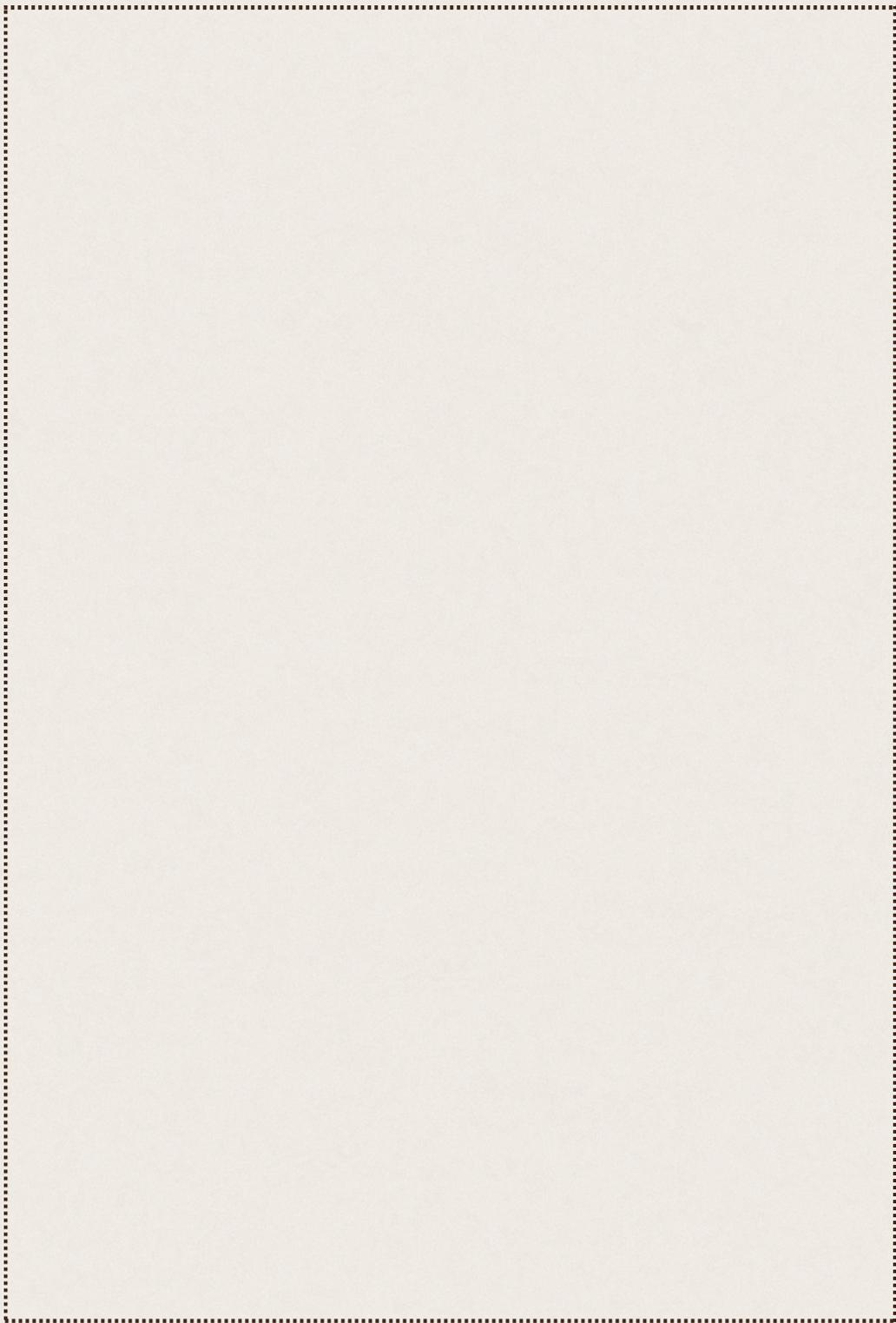
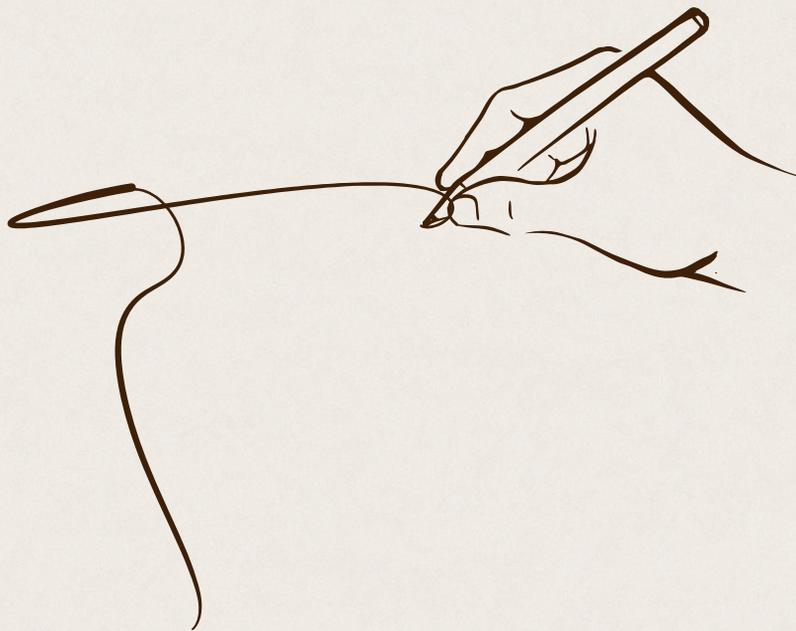
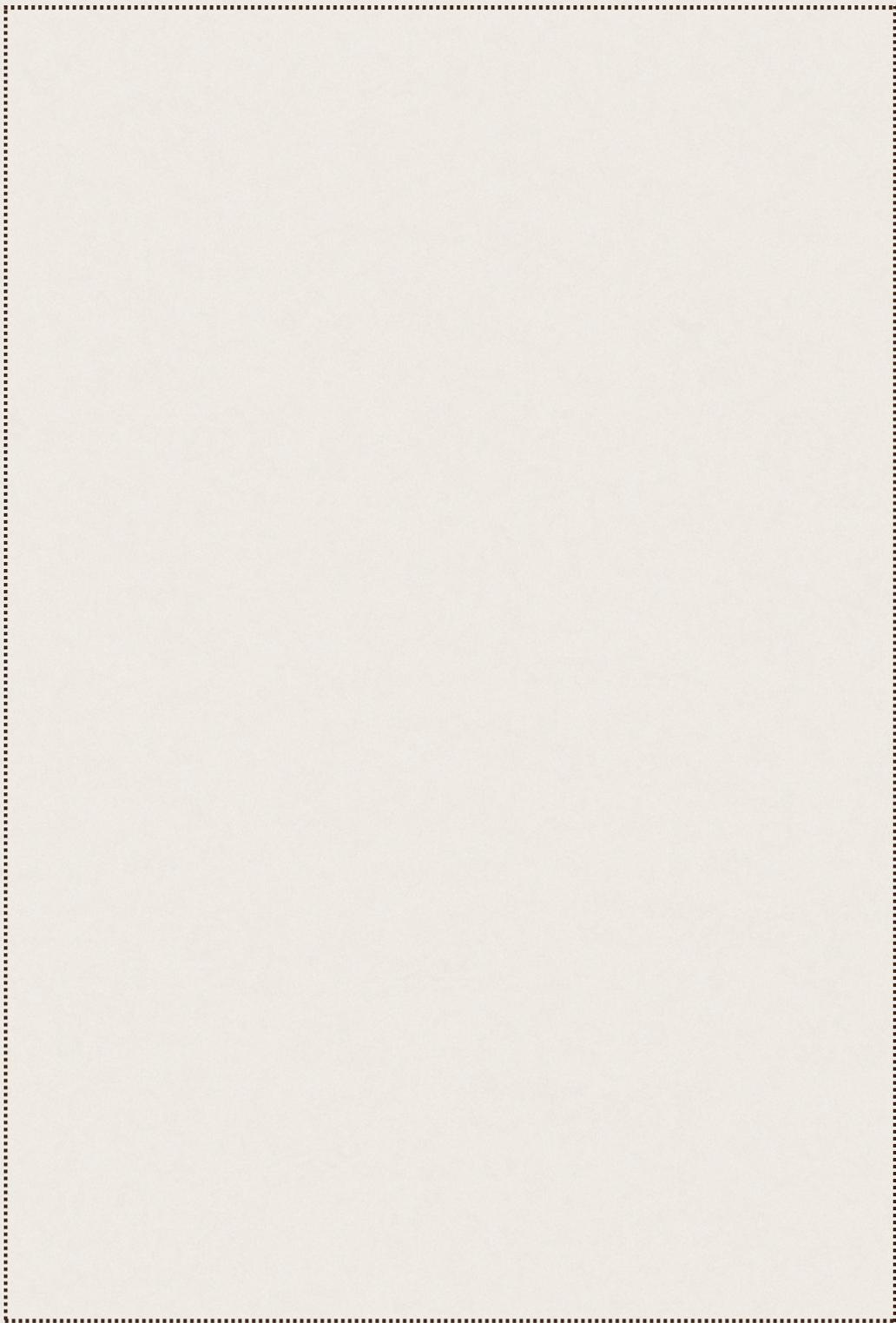


MALLAH
y la Sexta Dimensión



Mallah y la Sexta Dimensión







Capitulo I



Del autor

"Cuando el mundo se difumina y las sombras nos rodean, es entonces cuando nuestra verdadera visión emerge. A través del caos, encontramos la claridad que reside en nuestro interior."



Mallah y la Sexta Dimensión

Cristales enmarcados en sombra

A menudo, mi mente regresa a ese pequeño pupitre donde los primeros atisbos borrosos y la confusión se hicieron parte de mi vida. Tenía ocho años y comenzaba a sentir cómo mi mundo de juegos se tornaba más real, pero no en el buen sentido. Recuerdo momentos en silencio, intentando aceptar cambios que no podía entender. Pero ese día, en particular, el pizarrón se transformó en una maraña de sombras y manchas.

No entendía qué me estaba pasando. Solo podía escuchar el eco lejano de la voz de la Srta. Marta, llamándome con insistencia: “¡Mallah, apúrate!”. Las figuras borrosas de mis compañeras se movían y reían sin cesar, sus risas resonaban como un eco ensordecedor en mi mente. Permanecía paralizada en mi pupitre, con la vista nublada y los sentidos embotados, sintiendo cómo mi mundo perdía definición y claridad, como si todos mis sentidos hubieran dejado de funcionar correctamente.

Cuando pude pensar, aún sin entender del todo, recuerdo cómo las risas de mis compañeras nunca cesaban, como una banda de heavy metal que había tomado el aula por asalto. La voz de la Srta. Marta se elevaba sobre el bullicio, insistiendo en que copiara rápido, pero mis manos temblaban y mi vista no lograba enfocar. Mi corazón parecía salirse de mi pecho.

Entre mis compañeros estaba Alba, mi mejor amiga, tratando de defenderme: - Dejen de reírse, no es gracioso. Pero su voz se perdía entre las carcajadas. No era solo un mal día en el colegio; era el inicio de un torbellino que cambiaría mi vida para siempre. La confusión y las burlas se convirtieron en una constante, a las que le temía en cada clase. Siempre fui alegre, a todo le buscaba el lado positivo, supe disimular lo que me estaba pasando, mudándome a las filas de adelante y copiándome de mi compañero más cercano. Aunque eso a la larga también me trajo problemas.

Podría decir que usar anteojos fue la solución para volver a ver, pero hay detalles que he omitido que comenzaron en esos años, algo más alucinante que tiene que ver con el motivo que me llevo a escribir este relato.

Cada vez que mi vista se nublaba en esos tiempos, podía escuchar una voz que me hablaba como un eco lejano. Aunque no podía entender lo que decía, algo dentro de mí sabía que me estaba pidiendo ayuda. Sentía familiaridad o es mejor decir que no me daba miedo. No podía hablar de esto con nadie, ya tenía suficiente con comenzar a usar esos vidrios enmarcados que ahora eran parte de mi nueva personalidad, una que no sabía cómo manejar.

Bueno, volviendo a ese día, Alba y yo solíamos refugiarnos en una encantadora tienda de antigüedades cercana a la escuela. Me fascinaban esos lugares llenos de tesoros únicos, que encontrábamos al hurgar en los canastos que Don Lucio, el carismático dueño, traía de sus viajes a Europa. Mis favoritos eran siempre los objetos que venían de Francia, cada uno contando una historia que me transportaba a ese país lleno de magia y elegancia.

Don Lucio nos deleitaba con historias fantásticas sobre los objetos en su tienda, pero nunca revelaba su origen hasta que lo adivinábamos, un juego en el que nos habíamos vuelto bastante hábiles. Podía pasar horas allí, tratando de descifrar el pasado de cada pieza y, cuando no lo lograba, simplemente inventaba mis propias historias. Era mi manera favorita de darles a esos objetos una nueva oportunidad de vivir aventuras.

Mi fascinación por todo lo que venía de Francia floreció el día que conocí a la Srta. Camille, mi profesora de arte. Su forma de vestir, su elegancia innata y su amor por el arte me cautivaron de inmediato. Cada palabra que pronunciaba resonaba en mi corazón, y pronto sentí que el país que la había visto nacer debía ser conocido por mis propios ojos. Hasta que pudiera cumplir ese sueño, me dedicaba a coleccionar todos los objetos franceses que capturaron mi atención. Así, poco a poco, mi cuarto se transformó en un rincón de Francia, una pequeña embajada de elegancia y cultura en el corazón de mi hogar.

Como mencioné antes, solía visitar esta encantadora tienda de antigüedades con Alba, quien a menudo se quedaba en la escuela más tiempo del necesario, ocupada con tareas extra por mi culpa. La puntualidad no era precisamente mi virtud, y la estricta Señorita Marta intentaba enderezar mi comportamiento con interminables ejercicios al final del día. A pesar de sus mejores esfuerzos, el reloj y yo nunca fuimos amigos, ni siquiera conocidos cercanos. Las fechas importantes y los nombres destacados eran igualmente esquivos para mí. Aunque siempre fui aplicada y mis calificaciones sobresalientes, nunca logré comprender por qué las agendas y horarios parecían estar en constante conspiración en mi contra

Una tarde, después de clases, fuimos a la tienda de Don Lucio. Como de costumbre, nos recibió con una de sus fantásticas historias, animándonos a buscar tesoros escondidos entre las estanterías y las cajas polvorientas. Ese día, mientras exploraba un rincón particularmente oscuro, encontré un pequeño libro de tapa dura antigua con intrincados detalles dorados. Su apariencia revelaba una gran antigüedad, pero al abrirlo, descubrí que estaba casi completamente en blanco, como si sus hojas hubieran sido creadas recientemente.

"¡Parece un diario antiguo!" le dije a Alba, con los ojos brillando de emoción. Algunas páginas estaban escritas en un idioma extraño, y en varias de ellas había un pequeño triángulo invertido sobre otro triángulo, como un misterioso sello grabado en medio de muchas hojas sin usar.

Llevé el preciado tesoro a casa con un entusiasmo apenas contenido. Alba sugirió que podría usarlo como agenda para organizar las tareas, tal como nos había enseñado la Señorita Marta, pero esa idea no me atraía en lo más mínimo. En realidad, no tenía un plan específico. Durante semanas, mis días se volvieron borrosos y llenos de enojo, mientras aquella voz constante que pedía ayuda resonaba en mi mente sin cesar. Sin saber realmente qué hacer, llegaba a casa, me quitaba los lentes y me sentaba en silencio, observando las páginas en blanco del cuaderno. A pesar de no escribir nada, esa rutina me brindaba una extraña sensación de compañía y un inexplicable consuelo.

Alba siempre estuvo a mi lado, defendiéndose cuando las burlas se volvían demasiado, pero incluso con ella, había cosas que no podía compartir. ¿Cómo explicarle que, cuando me quitaba los anteojos, el mundo no solo se volvía borroso, sino que se transformaba en algo completamente distinto? Sentía que había un abismo creciente entre nosotras, uno que ni siquiera la amistad más fuerte podía atravesar. Me aterraba la idea de perder a mi mejor amiga, pero me aterraba aún más la posibilidad de que ella descubriera lo que realmente estaba ocurriendo dentro de mí.

Intentaba no pensar demasiado en mi vida.

Desde que tengo memoria, la gente siempre me ha dicho que tengo una habilidad innata para calmar cualquier tumulto con solo estar presente.

Recuerdo que en el jardín de infantes, la maestra me sentaba entre dos compañeros peleando y, como por arte de magia, los conflictos se resolvían. Pienso, ¿de qué me servía esa habilidad cuando se trataba de mis propios problemas? Nadie podía ayudarme, ni siquiera yo misma. Esa magia parecía desvanecerse cuando los conflictos residían dentro de mí. A veces, me asaltaba la sensación de que debía haber algo más allá de lo que podía ver. Era una intuición persistente, un susurro en el fondo de mi mente que me decía que el mundo que conocía no era todo lo que existía.

Tenía solo ocho años y demasiados pensamientos, estaba atravesando cambios que no sabía manejar, mientras tanto, mis ojos dejaron de ser quienes eran para mostrarme borrosos momentos que recuerdo con pesar.

Sentía que debía haber una explicación. Algo estaba mal en mi, sentía que debía encontrar esa razón oculta que hizo que perdiera la vista repentinamente.

En esa búsqueda encontraba pistas en los lugares más inesperados: al quitarme los lentes podía escuchar esa voz, objetos de la tienda que parecían hablarme, cosas que sentía al escuchar los relatos de Don Lucio, incluso en los sueños que me visitaban algunas noches. Estas pequeñas señales alimentaban mi curiosidad y mi esperanza, sugiriendo la existencia de algo que le diera una explicación a lo que me estaba pasando, respuestas que aún no podía encontrar pero que, de algún modo, sabía que estaban allí.

Mi madre solía decirme que, de pequeña, pasaba horas jugando con alegría y desbordante imaginación en mundos fantásticos. A los ocho años, sin embargo, la vida cotidiana comenzó a perder su encanto. Las mañanas, que antes estaban llenas de risas, se volvieron monótonas y previsibles. Amo profundamente a mi madre; a menudo la observaba mientras preparaba el desayuno, el dulce aroma de los pasteles recién horneados llenando la cocina, sus movimientos llenos de cuidado. En silencio, deseaba que ella no hubiera abandonado sus propios sueños por cuidarme con tanto afán. Una melancolía suave me invadía al pensar en ello, preguntándome si, en su interior, aún albergaba algún anhelo, algún vestigio de sus aspiraciones pasadas.

En contraste, mis pensamientos siempre vagaban más allá de lo visible. En mi mente, no existían límites; era como si puertas invisibles se abrieran hacia paisajes y secretos que nadie salvo yo podía ver. Sentía el susurro del viento en esos mundos imaginarios, el crujido de las hojas en bosques desconocidos y el aroma de las flores en jardines que nunca había visto. Estas sensaciones me llenaban de una esperanza palpitante y una curiosidad vibrante, sugiriendo que lo que llamaba realidad era solo una pequeña fracción de un mundo mucho más emocionante, esperando ser explorado.

Como mencioné antes, ese era mi mundo. Mientras los demás me veían como una niña distraída y ligeramente torpe, dentro de mí latía una certeza inquebrantable: sabía que, más allá de lo visible, todo estaba conectado por un sentido profundo que aún no podía comprender del todo, pero que sentía con cada fibra de mi ser.

A los ocho años, comencé a usar lentes permanentes. Con ellos, tal vez miraba el mundo que todos miraban, pero cuando me los quitaba y la vista se nublaba, sentía que el verdadero mundo se expandía más allá de lo visible. Era como si, en esos momentos de desenfoque, pudiera percibir una verdad oculta, una realidad mucho más grande esperando ser descubierta. El susurro de las hojas en el viento, el aroma del pastel recién horneado de mi madre, y el suave tacto del papel en el que dibujaba se convertían en puertas a esos otros lugares. Lugares donde lo conocido y lo desconocido se conectan. Era en esos instantes de claridad borrosa cuando la magia de lo desconocido me llenaba de una esperanza palpitante y una curiosidad inextinguible, sugiriendo que el universo tenía secretos emocionantes esperando ser explorados.





*Los enigmas de las paginas en blanco donde Mallah
encontraba una extraña sensación de armonía.*



Mallah y la Sexta Dimensión

Encuentro con el arte

Cuando tenía alrededor de siete años, mi madre insistió en que me anotara a una actividad extraescolar. Elegí el arte. La escuela de arte estaba al otro lado de la avenida, y el primer día que llegué, me encontré con Camille. Inmediatamente, mis ojos brillaron, encandilada por su forma de vestir y su elegancia. Camille era francesa y resultó ser la persona que más he admirado en mi vida.

Contrariamente a lo que imaginé antes de asistir a la clase, no me sentí incómoda ni nerviosa. Al contrario, me sentí increíblemente cómoda cuando Camille decidió contarme la historia de un árbol en el primer momento de iniciar la clase.

Camille comenzó a hablar con una voz suave y melodiosa. En su historia, el árbol tenía una vida muy larga y había visto pasar muchas tormentas y muchos cambios de estación. Había sido testigo del crecimiento de muchas familias y de innumerables cambios a su alrededor, hasta que un día, un leñador taló el árbol. “Muchos podrían creer,” decía Camille, “que ese árbol había dejado de existir.” Mientras avanzaba en la historia, mis ojos y pupilas se dilataban, ansiosa por cada palabra que salía de sus labios. Camille tomó una pausa, permitiéndome crear la fantasía en mi cabeza.

“Seguramente piensas,” continuó Camille, “que al ser talado, ese árbol había muerto o dejado de existir.” Asentí con la cabeza sin pronunciar una sola palabra. “Pero no siempre lo que vemos y creemos es lo que sucede en la realidad,” dijo, mirándome a los ojos.

“El árbol,” explicó Camille, “fue llevado al horno del leñador y convertido en carbón. Y otra parte de su corteza fue a una fábrica donde se transformó en hojas de papel. En una tienda, en un escaparate, esas hojas estaban a la venta. Una persona, como tú o como yo, llegó a la tienda muy alegre para comprar una de ellas. En otro cajón de la misma tienda, en una caja dorada muy bonita, se encontraban los carbones. Ambos venían del mismo árbol.”

Camille trajo frente a mí en ese momento un papel grande y lo colocó en el atril. En su mano y en la mía tenía un hermoso carbón negro. Así fue como comencé mi primer garabato en la hoja con una varita de carbón. Ese instante le dio a mi vida un nuevo sentido. Desde ese momento, jamás he dejado de pintar.





*Esta historia esta
comenzando...*